Globethics Repository



Ética y teología en tiempos de cambio [Ethics and Theology in Times of Change]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Alvarez G., Jorge Iván
Publisher	Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-19 20:04:27
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/198793

Cuestiones Teológicas, Vol. 36, No. 85 **p. 205 - 215**
Medellín - Colombia. Enero - Junio de 2009, ISSN 0120-131X

ÉTICA Y TEOLOGÍA EN TIEMPOS DE CAMBIO

Ethics and Theology in Times of Change

Jorge Iván Álvarez G.*

Resumen:

Se dice con frecuencia que nuestro mundo está en crisis, en un momento de cambios profundos, radicales y universales. Si a este escenario añadimos la proclama posmoderna que vivimos en una época post-religiosa en la que no es posible fundamentar la ética en una fe religiosa; que se trata de una crisis de fundamentos, ya que la naturaleza se muestra mucho más diversa de lo que pensábamos y no ofrece valores para fundamentar una moral. En última instancia que somos nosotros los que valoramos y defendemos las normas éticas. Que la sociedad es cada vez más plural, tanto a nivel ético como religioso. Y que sólo se debe construir una ética laica abierta a personas de toda ideología o religión. Entonces, la dimensión de la crisis resulta estremecedora. Por eso, el centro de interés de este artículo está puesto en el conocimiento de cómo la reflexión ética ha ido buscando la identidad y la relevancia del mensaje cristiano en las cambiadas circunstancias de los tiempos.

En este contexto y a partir de una descripción histórica teológica, se pretende descubrir cómo las formulaciones de la ética teológica cambian, pero lo hacen no de manera arbitraria, sino buscando permanentemente la identidad y la relevancia. De ahí que la ética cristiana, antes que ser ética formulada, es ética vivida. La ética vivida por los cristianos es, por consiguiente, una ética que se desarrolla en un contexto decisivo, irrenunciable e interiorizado desde la fe.

Palabras Clave: Teología - Filosofía - Ética - Relativismo - Axiología.

* Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín; Magíster en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma; Doctorando en filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín; Actualmente profesor interno en la Facultad de Filosofía de la Misma Universidad.
Dirección electrónica: jorgei.alvarez@upb.edu.co

Abstract:
It is often said that our world is in crisis in a period of profound, radical and universal changes. We may also add the post modern message telling us: that we are living in a post religious era where it is not possible anymore to take a religious belief as the foundation of ethics; that this is a crisis of principles knowing that nature has probed itself much more diverse than we have thought before and that it doesn´t offer anymore ethical norms. It is also said that society is more and more pluralistic on ethical and religious levels. There is no choice but to build a lay ethics open to every person, ideology or religion. It is only then that the dimension of the crisis will appear stunning. Therefore, the focus of this article will be on how the ethical reflection has been looking for its identity and about the relevance of the Christian message in the changing circumstances of our time.
In this context and starting from a theological and historical description the author pretends to discover how the ethical theological formulations are changing, not in an arbitrary way but looking permanently identity and relevance. It follows that the Christian ethics, before being formulated as "ethics", is a living moral experience. Ethics lived by Christians is, therefore, the kind of ethics that develops itself in a decisive and unfailing context internalized by faith.

Key words: Theology - Philosophy - Ethics - Relativism - Axiology.

Nos ha tocado la suerte, incómoda pero seductora, de vivir una hora difícil de la historia. La profunda transición, que caracteriza nuestro tiempo en casi todos los planos de la existencia humana, entraña y origina graves problemas sociales, culturales, morales, ideológicos, religiosos. Y la confusión se expresa en nuestro ambiente. Los continuos y vertiginosos cambios de nuestro mundo levantan polvaredas, que terminan cegando a no pocos. De otra parte, el desaliento y el cansancio -tentaciones fáciles en días difíciles- acosan a muchos en medio de la honda crisis contemporánea. No faltan quienes creen que se han conmovido los cimientos mismos de la vida moral, que parecían inconmovibles. Y algunos –creyentes de fe tranquila en otros tiempos- llegan a dudar, o temen que les obliguen a dudar, hasta de las verdades de la fe. Ética y teología están así fuertemente cuestionadas en la conciencia de muchos hombres en medio de la crisis. Y es preciso que una y otra proyecten su luz sobre los acontecimientos humanos y sobre sus consecuencias sicológicas, estructurales e ideológicas[1].

[1] AA.VV. Ética *y Teología ante la crisis contemporánea* I. Simposio Internacional de Teología. Navarra 1980, 36.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El centro de interés del presente artículo está puesto en el conocimiento de cómo la reflexión ética ha ido buscando la identidad y la relevancia del mensaje cristiano en las cambiadas circunstancias de los tiempos. Este será el hilo conductor de toda la exposición: las formulaciones de la ética teológica cambian. Pero lo hacen no de manera arbitraria, sino buscando permanentemente la identidad y la relevancia. Y es que la vida cristiana tiene vocación histórica. Necesita estar encarnada. No puede abandonar la historia; salir de una situación histórica es entrar en otra. Utilizando el lenguaje de K. Jasper se podría decir que el ser histórica es una situación-límite para la identidad cristiana.

El problema lo podemos formular de la siguiente manera: ¿Cómo se relaciona un aspecto de la existencia cristiana (la ética) con el conjunto de la misma (la fe), es decir, cuál es la auténtica articulación de la ética en la existencia cristiana y cuáles son sus específicos cauces de expresión?[2]. En otras palabras, se trata de fundamentar críticamente el êthos cristiano como utopía de Dios para la humanización del hombre.

INTRODUCCIÓN

La ética cristiana, antes que ser ética formulada, es ética vivida. La ética vivida por los cristianos es, por consiguiente, una ética que se desarrolla en un contexto decisivo, irrenunciable e interiorizado desde la fe. Pero para nadie es desconocido que las formulaciones teóricas, de la reflexión ética teológica y la praxis vital de la comunidad creyente, han ido evolucionando. Evolución que no se debe a que se altere el contenido normativo del Evangelio, carta fundacional de la Iglesia y carnet de identidad de la comunidad creyente, sino a las diversas condiciones de los tiempos en que le toca vivir a los seguidores de Jesús.

Naturalmente no se trata de diferencias esenciales ya que los autores cristianos de todos los tiempos expresan en el fondo la misma doctrina moral del Evangelio, pero cada uno de ellos la presenta de un modo distinto, según las exigencias de su tiempo, desarrollando, de este modo, aquellos puntos que más interesan a la época en que viven[3].

Aquí no pretendemos hacer un recorrido extenso por las diferentes formulaciones históricas, sino que únicamente esbozaremos algunas características de esas formulaciones.

[2] Vico Peinado, José. *Éticas teológicas ayer y hoy*, Ediciones San Paulinas, Madrid, 1993, 36.
[3] *Ibíd*., 41- 42.

PRIMERA CUESTIÓN: EL CAMINO HISTÓRICO DE LAS FORMULACIONES ÉTICAS: DESDE SU ORIGEN HASTA EL VATICANO II

En las primeras comunidades el acento se colocó en la relación esencial entre la fe y la moral. La ética es preferentemente religiosa; la moral es teocéntrica o cristológica, y consiste en querer hacer lo que Dios quiere, sin caer en el legalismo formalista que caracterizaba a numerosas corrientes del judaísmo.

La teología moral de los primeros Padres es una teología de la perfección, de la virtud, sobre todo la caridad. Se inspira en la Escritura, pero se sirve también de los grandes sistemas morales del estoicismo y del platonismo, a los que confiere un color evangélico. Esencialmente la enseñanza moral se realiza a través de la predicación y la liturgia. Esta vinculación de la teología y de la ética teológica a la predicación y a la liturgia le da una característica peculiar. Ante todo, es necesario destacar que se trata de una teología no académica, sino profundamente inserta en la vida y en la actividad de la comunidad eclesial. Su misión era acompañar a la comunidad, clarificando su identidad y su misión de cara al mundo. En consecuencia, el compromiso ético surge de la grandeza de la vocación a la que han sido llamados los cristianos. Hay una unión estrecha entre la teología y la ética[4].

A partir del siglo XII, hace su aparición una nueva forma de hacer ética teológica, que se convertirá en el precedente de lo que se conoce como la teología escolástica. Durante este siglo aparece una teología moral propia de los monjes que buscaba la perfección en los monasterios y cuya fuente primera era la Sagrada Escritura, pero sin entrar en conflicto con la teología especulativa que comienza a desarrollarse desde inicios del siglo XIII hasta finales del siglo XVI[5].

En ese largo período la teología y la ética teológica tienen sus propias características y sus propias peculiaridades. Para los escolásticos la teología moral es una ciencia en sentido aristotélico, pero una ciencia que no puede separarse de la contemplación del misterio cristiano. La teología se hace académica, ya no estará tan ligada a la vida de la comunidad, sino más bien a la cátedra universitaria. Por eso, prevalece en ella el carácter lógico, sistemático y crítico.

Hay una estrecha vinculación entre la fe y la racionalidad, lo cual hace que la fe trate de hacer presente el diálogo con la cultura. Como consecuencia, la teología pierde su carácter preferentemente parenético y exhortativo. Lo que se le pide al teólogo, en el sentido estricto de su quehacer, es saber reflexionar y sacar las conclusiones pertinentes. Prevalece el rigor metodológico sobre la dimensión testimoniante tanto de la teología como del teólogo. Por esta polarización del saber es una ética construida por intelectuales para intelectuales[6].

Otra formulación de la ética teológica fue la que se dio desde el post-concilio de Trento hasta el Vaticano II, conocida como la ética casuística: Este tipo de formulación no

4 *Ibíd.,* 45-46.
5 *Ibíd*., 48.
6 *Ibíd.,* 41- 42.

surge por generación espontánea sino que, a mi modo de ver, tiene unos precedentes importantes, entre ellos se destacan los llamados libros penitenciales. Estos libros no dan ninguna doctrina moral; presentan sólo una casuística pues ayudan a catalogar los pecados con vistas a facilitar a los confesores la imposición de la penitencia.

De este modo, la moral consiste en la obediencia a la ley, es una moral legalista, que se interesa sólo por los actos. La bondad de los comportamientos depende de su ajuste con lo que está mandado. Lo preceptuado no depende de la bondad de la materia, sino de la voluntad de quien procede el precepto. Las cosas no son buenas, y, por eso están mandadas, sino que están mandadas y, por eso, son buenas.

La ética se hace una ética de la obediencia, más que una ética racional. Su tarea es la de ser para la conciencia una ley, ya que la existencia de la ley impone la obligación, pero, fuera de las exigencias de la ley, la conciencia queda libre de toda obligación. Así, la ética se va centrando en señalar los límites mínimos, dentro de los cuales se puede mover con libertad la conciencia. Lo primero que salta a la vista en esta presentación de la ética cristiana es que ha roto el vínculo que la unía a la teología.

Esta formulación ética ha conquistado su autonomía, estrena su independencia como ciencia práctico-práctica. No es inoportuno, a mi modo de ver las cosas, aludir a las funestas consecuencias de este empobrecimiento de la formulación de la ética cristiana, precisamente en este tiempo comienza a gestarse el problema de la secularización y la autonomía de las ciencias positivas.

En este sentido, el tratamiento ético cristiano pierde su dimensión exhortativa para primar la dimensión judicativa, donde la conciencia tiene que vérselas con su ajuste o desajuste respecto a la ley. Con ello se favorece una interpretación legalista de la ética cristiana, ajena a la buena noticia de la predicación de Jesús, con el agravante de que esta interpretación se hace bajo mínimos, pues la conciencia goza de libertad allí donde no se dan exigencias de la ley[7].

En consecuencia, este tipo de formulación de la ética cristiana favorece una postura individualista que se ocupa más de la transformación de los individuos que de la transformación del mundo en que les toca vivir. Es una ética que ha perdido su identidad de transformación de las estructuras del mundo. Se preocupa de poner en orden los comportamientos individuales. Pero no se ocupa de denunciar el mal que existe en el componente social.

Pasando ahora al Concilio Vaticano II, este ha representado una verdadera renovación en todos los campos de la vida eclesial. Y particularmente en la ética teológica. Si bien el tema ético no se trató "e*x professo*" de manera sistemática y organizada; el Concilio elabora una nueva expresión de los imperativos de la fe en consonancia con la escritura, el dogma y la vida de la Iglesia. La antigua moral casuística llega prácticamente a desaparecer.

7 *Ibíd.,* 63-64.

Para muchos teólogos, los grandes aportes a la renovación de la moral se encuentran en la segunda parte de la constitución *Gaudium et Spes*[8], considerada como un verdadero tratado de valores, ya que se ocupa de la vida familiar, cultural, económica, social, política, internacional. Aún más ya no solo se presentan estos valores morales, sino que, junto a ellos, se sitúan valores intelectuales, afectivos, sociales, en una palabra: los valores humanos y culturales. El enfoque ya no es individualista, sino comunitario. Se tiene la convicción de que la vida familiar, la cultura, la vida política constituyen realidades autónomas humanas que tienen su propio fundamento y que el papel de la moral cristiana consiste en aporta el enfoque de la fe, el dinamismo de la caridad, la fuerza de la gracia en el interior de estos mismo hechos para encontrarle su sentido profundo[9].

El Vaticano II trata de evitar los peligros en que cayó la casuística al independizarse de la teología. La ética teológica es ciencia, pero como parte de esa ciencia de salvación que es la teología. Por lo tanto, busca adaptar el discurso moral a la nueva situación interna de la teología y a las distintas situaciones de la realidad socio histórica, recuperando así la identidad y la relevancia de la ética teológica.

De este modo, se destaca la orientación positiva y la llamada a la perfección. La ética cristiana ya no puede estar centrada sobre el pecado. Ni puede tratarse simplemente de los mínimos legales. Se trata, más bien, de una ética del máximo, una ética de la santidad, cargada de espiritualidad bíblica, que muestra la excelencia de la vocación; porque "en la Iglesia, todos están llamados a la santidad"[10], a través del primado de la caridad.

SEGUNDA CUESTIÓN: LA TEOLOGÍA MORAL Y SU FORMULACIÓN ÉTICA POSCONCILIAR

Debemos reconocer que la teología moral ha realizado, durante el Concilio y posconcilio, una gran labor de renovación. Sin embargo, el trabajo ha padecido una limitación de horizonte.

Después del Vaticano II somos conscientes de la novedad que representa la mentalidad contemporánea. Hemos adquirido una nueva conciencia, un nuevo marco de pensamiento, un nuevo vocabulario y un nuevo contexto histórico. Ya no podemos

[8] "El Concilio Vaticano II ha dedicado un tratamiento especial a ciertas cuestiones aisladas de la moral cristiana, por ejemplo, matrimonio, familia, paz y guerra, etc.; estas cuestiones la ha tratado fundamentalmente en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Sobre el carácter cristiano de la moral y de la teología moral se manifestó ampliamente en la *Optatam totius*. En la *Gaudium et Spes* se dan valiosas indicaciones, que señalan el camino a seguir para la solución de las grandes cuestiones que la humanidad tiene que afrontar en los tiempos actuales. Sin embargo, el concilio no se ha ocupado en ninguna parte de las cuestiones básicas de la moral fundamental. Por supuesto esta temática está presente ocasionalmente al tratar otros problemas, pero unas declaraciones específicas no se encuentran ni fundamentadas sistemáticamente ni relacionadas entre sí". Fuschs, J. "Conciliación de las declaraciones conciliares sobre la moral", en Latourelle, R. (ed), *Vaticano II. Balance y perspectivas*. Sígueme, Salamanca 1989, 765.

[9] Vico Peinado, J. *o. c.*, 80.

[10] L.G. 39.

manipular un viejo lenguaje y unos viejos principios y pretender ofrecer con ellos soluciones que se necesitan hoy. La época actual tiene un espíritu completamente nuevo.

Se dice con frecuencia que nuestro mundo está en crisis, en un momento de cambios profundos, radicales y universales. Cambios que son generados por el ser humano y por los avances científicos que él mismo ha logrado. Cambios de tal intensidad que ponen al hombre frente a situaciones límites en cuanto a su propia conciencia de sujeto y su condición de ser relacional, bien en su relación con la naturaleza, con los otros hombres o en la misma relación con Dios[11].

Si a este escenario añadimos la proclama posmoderna que vivimos en una época post-religiosa en la que no es posible fundamentar la ética en una fe religiosa; que se trata de una crisis de fundamentos, ya que la naturaleza se muestra más diversa de lo que pensábamos y no ofrece valores para fundamentar una moral. En última instancia que somos nosotros los que valoramos y defendemos las normas éticas. Que la sociedad es cada vez más plural, tanto a nivel ético como religioso. Y que sólo se debe construir una ética laica abierta a personas de toda ideología o religión[12]. Entonces, la dimensión de la crisis resulta estremecedora. Sin embargo, las crisis, que no siempre significan una mala situación, sino un momento crucial, nos sitúan a menudo ante una disyuntiva: o logramos remontarlas o nos hundimos en ellas. Para remontar las crisis debemos movilizar los recursos disponibles y uno de los más esplendidos con que cuenta el ser humano es, sin duda, el pensamiento.

Y a él recurrimos para analizar y hacer cara a la crisis que vivimos y dar alguna luz a nuestro interrogante inicial: ¿Cómo recuperar la identidad y la relevancia del saber ético teológico en un mundo que ha dejado de ser cristiano, en una nueva sociedad laica y con una creciente indiferencia religiosa? En otras palabras, como lo postula J.L. Aranguren: ¿Hasta qué punto hay una dimensión ética en el mensaje cristiano, y en qué puede aportar específicamente este mensaje a la ética?[13].

[11] "El mundo está cambiando tan rápidamente que lo que es pastoralmente adecuado para las necesidades de hoy es inadecuado para el mundo de mañana". La apreciación del teólogo G.A. Arbuckle merece la máxima consideración. Aunque en principio parece una apreciación un tanto exagerada y fuera de lugar, no lo es si consideramos la reflexión y acción pastoral desde la óptica de un mundo y una cultura en cambio. (Aguado Martinez, Ángel. *El cambio, un desafío para la acción pastoral de la Iglesia,* Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología, Salamanca 2003, 2.

[12] Esta propuesta de Habermas sería una consecuencia de la "muerte de Dios", que ha inspirado una corriente teológica, y de la actual secularización, defendida por autores importantes como Bultmann, Pannenberg, Harvey Cox, P. Berger, etc. Emerge una nueva sociedad laica y con una creciente indiferencia religiosa (Estrada, Juan Antonio. *Por una ética sin teología. Habermas como filósofo de la religión*, Trotta, Madrid 2004, 235

[13] Aranguren, J.L. *Ética*, Revista de Occidente, Madrid 1972, 193-201.

El panorama actual

Como bien nos lo describe el profesor José Luís del Barco[14]:

> Una tormenta azota hoy en día la ética. Vientos de futilidad soplan sobre la moral. Es como si la mar azul se hubiera vuelto incolora. El gris parece el color de las doctrinas morales en el momento actual. Abunda lo baladí, la vacuidad y lo fútil. Se corea, lo insubstancial. Adela Cortina enseña una teoría ligera llamada ética mínima. Savater salmodia a voces la moral del amor propio y dice que el hedonismo es el fénix de la ética. Rorty dice sin sonrojo que lo único legítimo en la sociedad plural es ser informal y frívolo. El utilitarismo, con su doctrina cerril de que solamente es buena –igual da ésta que aquella, matar u ofrecer la vida- la acción cuyas consecuencias incrementan la fortuna y la dicha universal, adopta la actitud de desprenderse de Dios. Así mismo se han multiplicado, igual que la mala hierba, las éticas descreídas que niegan la trascendencia. Victoria Camps intenta convencernos de que hay ética sin moral y otros abogan, ya sin rodeos, por una moral sin Dios. ¿Será que nos habremos instalado, como nos advierte Spaemann[15], en la cultura hipotética en que no hay nada de peso, ni valioso, ni bueno? Si la moral fuera solo una cuestión académica –si al hacer no nos hiciéramos- se podría oír estas cosas con total indiferencia. Pero al obrar me la juego y se la juegan los otros.

Consideramos que la conciencia de crisis que se experimenta en nuestros días, no es sólo el reflejo de modificaciones estructurales y ambientales, sino también el resultado de una pérdida de los valores: lo que reclama nuestro momento histórico no es exclusivamente una actitud de disponibilidad y audacia para abrirnos a lo nuevo, sino a la vez –y en cierto sentido, precedente- una capacidad para ir a lo hondo de nuestro ser, y del ser de las cosas, a fin de redescubrir la verdad profunda del hombre, es decir, su apertura no sólo a lo futuro, sino a lo eterno, a lo divino, a Dios[16].

Sólo el reconocimiento de la realidad del hombre como ser capaz de Dios, como ser situado ante lo Absoluto y, en ese sentido, dotado él mismo de un valor que trasciende lo relativo, puede fundar una ética, liberar del egoísmo individualista y cerrar las puertas a las tentaciones totalitarias, en las que el individuo, disuelto en la masa, es negado en la realidad de su ser personal.

Por tanto, y a manera de conclusión, la unión íntima y estrecha entre ética y trascendencia en un contexto histórico-social como el nuestro marcado por el cambio de paradigmas y de mutación cultural, donde la fundamentación de una ética teológica creíble parece imposible no sólo para sectores amplios de la sociedad sino del mismo catolicismo.

---

[14] Del Barco, José Luís. "Ética y Trascendencia", en Memorias Congreso Internacional de Bioética. Bogotá, Universidad de la Sabana 1997, 79-91.

[15] El profesor. Robert Spaemann nació en 1927 a Berlín, ha sido profesor de filosofía in Münster, Stoccarda y Heidelberg donde sucede a Gadamer, y en Monaco. Ès autor de numerosos escritos de ética e de filosofía política, considerados clásico del pensamiento contemporáneo.

[16] AA.VV. *Ética y Teología ante la crisis contemporánea*, *o. c.,* 21.

TERCERA CUESTIÓN: CONCLUSIÓN ÉTICA Y TRASCENDENCIA

La ética contemporánea ha dejado en el tintero la realidad trascendente y ha enterrado en el olvido la relación con lo eterno. La filosofía moral ha hecho suya la doctrina de que la ética adulta ha de dar la espalda a Dios. No darse por enterada de la existencia de Dios parece ser la consigna de la ética actual. La unión de moral y trascendencia es hoy cosa de niños. La ética mayor de edad se ha de proponer sin principios, sin fundamento y sin Dios. El pensamiento de los tiempos posmodernos es tiempo de autonomía y de insubstancialidad. La trascendencia, que obliga, no cuadra con este tiempo nuevo y libre, y divertido.

Pero ¿Por qué arrincona la ética la realidad trascendente? ¿Por qué omite la trascendencia? ¿Qué gana con su olvido? ¿Se hace esta ética más ética? ¿Se hace más pura, más legítima, más autentica? Son estos interrogantes que trataremos de responder:

Sin duda alguna se justifica afirmando porque busca ser autónoma. La autonomía hace furor hoy; es de menores de edad no gozar de independencia. La ética soberana se ha de gobernar sola sin depender de terceros. Ha de empuñar el bastón, tener patria potestad. Invocar la trascendencia es vasallaje servil. La moral emancipada no se puede permitir un vivir subordinado. Ha de soltar las amarras, quitarse peso de encima y tener las manos libres. Solo así estará a sus anchas y hará todo lo que quiera[17]. Sin embargo, ¿Es autonomía actuar sin compromisos como a uno le parezca? Creo que Kant no estaría muy de acuerdo con esa versión trivial de la voluntad autónoma. La autonomía es para Kant[18] un señorío sobre sí que permite al hombre libre independencia de la realidad empírica. El autónomo resiste la seducción del agrado. Vence su fascinación. La ley de la autonomía es la ley de la moral. Autonomía es libertad, pero libertad no es obrar inmotivado, ni capricho antojadizo, ni deseo discrecional. Libertad es gobernar las propias actuaciones[19].

Hay que distinguir claramente la voluntad del deseo de las decisiones libres[20]. Si la autonomía fuera hacer lo que a uno le plazca, sería una trivialidad. Y no sería solo

[17] ¿Qué es autonomía? No debe ser sencillo responder a la pregunta, pues desde Kant hasta hoy se han invertido ríos de tinta sin demasiado éxito. La autonomía es la insignia de los individuos libres que sólo acatan la ley que su conciencia les dicta. Como dice el diccionario: "condición del individuo que de nadie depende en ciertos conceptos".

[18] Ser autónomo comporta "darse a sí mismo la ley". Esta expresión kantiana, con más de un significado, ha creado confusiones. Por lo general se entiende como total exención de cortapisas externas, franquicia para seguir las propias inclinaciones sin hacer caso de nadie. Entendida de este modo, la autonomía se asemeja al albedrío del capricho, que crearía las normas sin más pautas ni razones que las que el gusto percibe. En la lengua de la calle vendría a significar hacer en todos los casos lo que a uno le dé la gana. (Del Barco, José Luís. *Revista Educación y Valore*s, v. 6. Bogotá, Universidad de la Sabana 2003, 218).

[19] "Darse la ley a sí mismo" no es crear una cualquiera, sino secundar la única que la razón abandera. La razón legisladora es razón descubridora. Su oficio no es de asamblea, que promulga por acuerdo una norma o la contraria, sino de fondo en su lógica para descubrir la ley. Darse la ley es hallarla silenciosa en la conciencia. El autónomo no inventa injustificadamente la norma que se le antoja. Mas bien desoye los móviles que reclaman su atención, desafía abiertamente la seducción del agrado y se determina a obrar movido exclusivamente por la ley de la razón. (Del Barco, José Luis. *Revista Educación y Valore*s, *o. c.* 218).

[20] Cf. Blondel Maurice. *La acción,* BAC, Madrid 1996, 66.

del sujeto independiente, o del trasgresor, o del rebelde, sino también del hombre formal y recto. Si eso es la autonomía, hacer lo que uno quiere, todos de alguna manera somos muy autónomos. No obstante, la autonomía no es razón para que la ética olvide la trascendencia.

Así mismo, el hecho de estar en una sociedad industrializada y en constante progreso no justifica que la trascendencia sea considerada como una rueda suelta, aunque hay numerosos indicios de que algo así está pasando[21]. Parece que la trascendencia no cumple ningún papel en la conducta del hombre. Las distintas realidades, la economía, la genética, la técnica, o la política, desplazan la religión y se convierten en normas sobre lo bueno y lo malo.

La religión puede crear problemas a la sociedad que promulga un comportamiento en serie. En ese mar uniforme es algo de mal gusto que solo causa molestias. La sociedad industrial la ve como un cuerpo extraño que busca tres pies al gato y crea dificultades. ¿Qué se puede hacer, entonces, con ella? Mantenerla separada de los procesos sociales podría ser la solución. Para evitar disfunciones en el sistema social, la trascendencia ha de ser una rueda que no mueva. Algo que no tenga secuelas ni consecuencias. Un juego recreativo, ligero e insubstancial, que no intervenga en la marcha ni el desarrollo social, ni en el sistema económico, ni en los centros importantes de decisiones políticas.

¿Qué gana entonces la ética cediendo a la moda en boga de reforzar los consensos y postergar la trascendencia? No gana nada, pero si pierde mucho. La tarea de la ética, en contra de la opinión actual, no es evitar los conflictos. Esa sería una idea apacible que despoja a la moral de su gran potencial crítico.

Al contrario, es misión suya promover nuevos conflictos. Quien se atrevió a alzar la voz contra la trata de negros, consensuada por los blancos en una sociedad esclavista, levantó ronchas profundas. Y el que se empeña hoy día en tareas solidarias, en un mundo individualista que exalta la emancipación, vulnera el acuerdo tácito de cada cual a lo suyo. ¿Qué haría la luz sin el mar? ¿Dónde enredaría sus rayos para entrelazar reflejos? La moral sin trascendencia es como la luz sin mar. Se convierte en un sistema para resolver conflictos y apuntalar los acuerdos de la sociedad política.

Ya bien lo decía Dostoievski[22] entre trascendencia y ética existen vínculos firmes. Ética sin trascendencia era para él una ética al aire. Una moral ligera, sin base ni fundamento, que va donde el viento sopla. La moral sin trascendencia es como la mar sin fondo. No permite navegar hacia lugares remotos. El hombre sin trascendencia se atranca como las naves encalladas en la arena.

21 "Una rueda que al girar no mueve nada consigo", como dijo Wittgenstein.

22 Considerado como uno de los escritores más grandes de la literatura rusa del siglo XIX. Dostoievski se convirtió en un agudo crítico del nihilismo y del movimiento socialista de su época. En un momento crítico de su vida, Dostoievski abandonará desde entonces sus pensamientos radicales y se convertirá en un hombre profundamente conservador y extremadamente religioso.

El hombre manifiesta su dignidad en su capacidad de ideales. Cuando los ideales se desvanecen, el horizonte humano se achica y la sociedad se cuartea. Sin trascendencia aparece la humanidad satisfecha: semejante a la imagen del último hombre de Nietzsche que tan solo parpadea. Sin arraigo trascendente la acción pierde la cabeza, desvaría y se vuelve loca. . Quien pierde la trascendencia, o echa tierra sobre ella, extravía los criterios del bien y del mal. No hay ética sin trascendencia.